

El ejercicio del poder como encantamiento

Chávez y pueblo, sobredimensionados

Pedro Trigo s.j.*



Muchos venezolanos son testigos asombrados de un hecho al parecer paradójico: mucha gente popular mantiene adhesión fervorosa al presidente Hugo Chávez y a la vez un rechazo inequívoco a su proyecto socialista estatista

Por qué Hugo Chávez mantiene su popularidad pero su proyecto político es rechazado? Para bastantes analistas esta contradicción es una muestra palmaria de la poca consistencia de estos sectores populares, de su irresponsabilidad. Otros, que no quieren sacar esta conclusión, se duelen de lo que perciben como una contradicción, mientras que otros, por respeto al pueblo, no se atreven a llamarla contradicción y hablan simplemente de una paradoja, que no saben cómo interpretar.

Para comprender el fenómeno, es imprescindible distinguir entre diversas posiciones en el seno del pueblo.

Un sector del pueblo, predominantemente joven, casi adolescente, es parte sustantiva del proyecto. Son los que lo llevan a cabo en áreas tan sensibles y decisivas como la identidad, a la que está asociada la inteligencia, y departamentos claves en los demás ministerios. Estas personas han entrado en la juventud con el proyecto. La mayoría ha recibido en Cuba una ideologización a fondo, además de las herramientas técnicas, y se concibe dentro del proceso: su identidad personal está asociada a él. Son, repitámoslo, parte sustantiva del proceso. Pero, aunque sean de origen popular, se puede decir que no son ya de cultura popular: tienen no sólo su identidad muy distinta sino más todavía sus propios circuitos, su mundo-de-vida, diferenciado netamente del de las culturas populares.

Una parte, que a nuestro modo de ver es minoritaria, ha sido convencida por el Presidente y apoya su proyecto castrocomunista. Creemos que la mayoría de esta minoría no apoya el proyecto propiamente dicho, o sea, el proyecto en toda su concreción, como los anteriores, sino más bien los ideales, las motivaciones, su rechazo de quienes han detentado el poder en la Venezuela contemporánea y la necesidad de un

En la década de los sesenta y setenta el pueblo se capacitó incesantemente a nivel laboral, ciudadano y cultural, y, sobre todo en los quince primeros años, tuvo un papel protagónico. Hoy su papel es mucho más aparatoso, pero también mucho más mediatizado.



cambio profundo y de apoyarse en el poder del Estado para esa transformación. Así pues, la mayor parte de los convencidos por el Presidente, apoyan más la ideología del Presidente que su proyecto histórico. Pero éstos son, insistimos, una minoría entre los sectores populares que lo apoyan.

Son más, y es una minoría muy cualificada, quienes antes de la llegada de Chávez al poder venían luchando, muchas veces organizadamente, por cualificarse y empoderarse en todos los frentes. Este sector del pueblo, que había logrado ya su condición de sujeto personal y social incluyendo a veces el elemento cultural y el político, a través del proceso que propició y al comienzo incluso auspició Chávez, se ha ido empoderando y, en la medida en que lo va haciendo, siente que tiene un poder propio, aunque limitado, pero un poder que quiere jugar para realizarse plenamente, personal y socialmente.

Estas personas y grupos (o estos grupos personalizados) se sienten dentro del proceso y apoyan al Presidente porque sienten que el Presidente ha legitimado y potenciado a su propio proyecto de organizarse y capacitarse desde la base para gerenciar sectores importantes de su vida. En este caso se puede hablar de una coincidencia, hasta cierto punto, de intereses. Por eso este grupo, cuando ve que los funcionarios los mediatizan o pretenden utilizarlos o no les cumplen, acude directamente al Presidente y forcejea con la burocracia, invocando las promesas y los compromisos del Presidente con el desarrollo y la participación del pueblo organizado.

Otra parte, que creemos menor que la de los que son sujetos pero mayor que la de los convencidos, persiste, por inercia, en el estado de conciencia anterior a la llegada de Chávez, que se caracteriza por una actitud meramente clientelar. Este sector, por minusvalía, en el fondo por falta de subjetualidad, se aprovecha de la situación sin ninguna fidelidad al Presidente y al proceso y sin ninguna transformación interior, pagando los peajes de demostraciones de lealtad y adhesión que le exige el Gobierno, porque los percibe como un precio necesario para obtener de él lo que necesita.

Otro sector, por mimetismo, tendencia característica de todo grupo subalterno, o, más todavía (y esto es algo peculiar de la relación Chávez-pueblo) por un proceso de ideologización (o mejor diríamos de encantamiento) derivado de la interlocución constante del Presidente, que crea un mundo-de-vida, ha pasado a formar parte del proceso que promueve el Presidente, aunque no necesariamente de su proyecto. Estas personas han dejado de ser sujetos personales y sociales, compartiendo esta característica con los del grupo clientelar, que se aprovechan desde fuera, diferenciándose de ellos, en que dejaron de ser lo que eran, alienándose. Esto es así porque en el curso de identificación con el proceso no hubo un lapso de transformación libre y consciente, cosa que en alguna medida sí hicieron los convencidos.

LA INTERLOCUCIÓN COMO ENCANTAMIENTO

Tenemos que ahondar lo que sucede en esta interlocución constante del Presidente con el pueblo, porque ahí está, a nuestro modo de ver, la clave de la fortaleza de la junta Chávez-pueblo. Hemos hablado de interlocución continua y no es exageración porque entre los larguísimos programas de "Aló Presidente" y las numerosísimas cadenas y las constantes alusiones que hacen a ellas las plantas de televisión y las emisoras de radio del Gobierno, es cierto que la voz de Chávez resuena sin cesar y que su figura está siempre presente (sin contar con los afiches, vallas, franelas y músicas, que la llevan por do-

quier). Pero lo decisivo no es la omnipresencia del Presidente sino su capacidad monstruosa de circunlocución, de que los espectadores sientan que les está hablando a ellos mismos en sus mismos términos, en su misma cultura, que está en su mismo ámbito y que por eso no son espectadores sino interlocutores inmediatos. Como además el Presidente, constantemente está interpelando en términos coloquiales a personas concretas, ellos tienen la impresión de que interactúan con él.

El que en ese espacio virtual tan cálido y cercano se desarrollen los actos de gobierno, los encargos a los ministros y directores de organismos del Estado, las exposiciones del estado del mundo y de América Latina y los avances de la revolución; así como ahí mismo se interpela a los enemigos, se los anatematiza y se los execra, y se saluda a los aliados y se intercambia con ellos, mucha gente popular siente que la vida y la revolución transcurre en ese espacio virtual. Ella se siente testigo del acontecer trascendente. Siente que el Presidente los hace partícipes de la historia y ellos acuerpan al Presidente en esos actos plenipotenciarios en los que se va edificando la nueva Venezuela.

Por eso luego hablan del Presidente como iniciados en los misterios del socialismo del siglo XXI, como quienes saben por dónde va la cosa, no porque se han informado vagamente en la lectura solitaria de un periódico, sino como quienes han sido testigos y partícipes de los acontecimientos durante su mismo desarrollo. Ellos han estado presentes. Por eso ellos saben por dónde va todo. Que no les vengan a decir a ellos embustes, esos intelectuales de derecha pitiyanquis y vendepatrias.

Si comprendemos lo impregnada que anda mucha gente de este mundo, podemos hablar en el sentido más exacto de encantamiento: Chávez los tiene encantados, en el doble sentido de sumamente satisfechos y de abstraídos en esa realidad virtual ante la que palidece la otra.

Pero quien está encantado no tiene encuentros reales: desde su realidad más genuina y desde la realidad más auténtica del otro. En el encuentro virtual las identidades son ficticias. Pero sin embargo aparecen dotadas de una densidad que casi los vuelve sagrados. Son existencias iconizadas. Son papeles que se juegan con tanta convicción que sustituyen a las personas.

¿Por qué hablo de encantamiento? Porque quienes están convencidos de que están adentro y que participan, en realidad son meros espectadores y colaboradores. Es cierto que el Presidente trata con todo cariño, incluso respeto y consideración a sus interlocutores populares, pero no lo es menos que el reconocimiento del Presidente siempre está precedido de un acto inequívoco de acatamiento y enfeudamiento por parte del interlocutor. Sólo cuando la persona popular se

ha declarado del Presidente, él lo reconoce. Él no es el mandatario de todos los venezolanos, el que sirve a los ciudadanos por el mero hecho de serlo. Él únicamente gobierna para los suyos y los suyos deben declarar explícitamente esa condición por la que dejan de ser sujetos autónomos para pasar a ser del Presidente.

Pero es que además no es cierto que el pueblo se haya empoderado, si entendemos por esto, no su presencia física en actos públicos, sino la asunción de la consideración de sujeto en todos los niveles de la vida, la capacitación constante para tomar entre manos la vida social y política, y la constitución de organizaciones realmente de base a las que apoye el poder político.

En la década de los sesenta y setenta el pueblo se capacitó incesantemente a nivel laboral, ciudadano y cultural, y, sobre todo en los quince primeros años, tuvo un papel protagónico. Hoy su papel es mucho más aparatoso, pero también mucho más mediatizado.

Es claro que quien está encantado resiste todo lo que puede en su ilusión y no quiere regresar a la gris realidad.

Naturalmente que no pretendo que Chávez tenga encantado a todo el pueblo, además de tenerse encantado, al menos en alguna medida, a sí mismo. He insistido por el contrario que, en sentido estricto, es sólo un grupo. Pero bastantes otros, intermitentemente, también son presas de esa ilusión o se dejan llevar más o menos por ella.

Nuestra propuesta es que desde este fenómeno tenemos que abordar lo que sigue.

AMOR CON AMOR SE PAGA

El pueblo sabe que de suyo no tiene poder (por lo menos el poder que hoy ostenta), que el poder le adviene de que el poder político, encarnado en el presidente Chávez, está con él. Por su parte Chávez sabe que su único poder consiste en representar al pueblo. Por eso se necesitan mutuamente. Por eso, a pesar de reconocer el pueblo todas las limitaciones y hasta contradicciones del Presidente, incluso admitiendo que se aprovecha de ellos para sus planes y que no les resuelve sus problemas, lo sigue apoyando. Y por eso Chávez, aunque tiene su propio proyecto comunista castrista, que sabe que el pueblo no comparte, nunca emplaza al pueblo a que se cuadre con él o se vaya sino que, por el contrario, cuando ve que al explicitar demasiado pierde apoyo, cambia de discurso y entra en la onda amorizante en la que proclama su entrega absoluta al pueblo y pide ser correspondido. Por eso también, aunque sabe que necesita de otros sectores nacionales para llevar adelante el país, no se alía con ellos sino que los denigra, para que el pueblo sepa inequívocamente que está restado con él.

Chávez los tiene encantados, en el doble sentido de sumamente satisfechos y de abstraídos en esa realidad virtual ante la que palidece la otra.



La junta Chávez-pueblo logra una sobredimensión de ambos actores a la que no es fácil sino, al contrario, muy difícil que renuncie ninguno de ellos. Este es el nudo del problema. La sobredimensión del pueblo consiste en que ostenta un poder que no se corresponde con su grado de capacitación laboral, de su desarrollo como sujeto, de su conciencia política y, menos aún, de sus organizaciones de base. Ya dijimos que un sector, los que se sienten apoyados por Chávez, sí van avanzando en todos estos frentes, aunque tal vez menos en la decisiva capacitación laboral; menos han avanzado, aunque sí han avanzado, los convencidos, que han encontrado en la revolución su medio de vida y su identidad, pero no tanto su condición de sujeto autónomo y responsable; no han avanzado los clientes ni los encantados. Por su parte la sobredimensión de Chávez consiste en que, si bien es verdad que su capacidad de interlocución es absolutamente excepcional y que numerosas veces pone el dedo en la llaga de problemas acuciantes e invoca valores realmente humanizantes, no vale, sin embargo, como jefe de gobierno, ya

que en diez años no ha sido capaz de aprovechar una ocasión única por la concentración de poderes, de aceptación y de recursos y no ha logrado ningún avance en ningún área proporcional al poder del que ha dispuesto sino por el contrario un deterioro considerable en la solidez de las instituciones, en los hábitos cívicos y en la calidad de vida de los ciudadanos; pero además enarbola un proyecto político desautorizado por la historia que no convence ni a la mayoría de quienes lo apoyan.

Como se ve, tanto Chávez como el pueblo logran con esa junta ocupar un espacio que no corresponde a su dimensión real. Por eso insistimos en que la junta los sobredimensiona.

Pero tenemos que aclarar que este problema y la dificultad de superarlo no se comprende adecuadamente, si no se admite la sobredimensión de los de arriba en el tiempo anterior, ante todo de los poseedores del poder económico, incluidos muy expresamente los grandes medios, sobre todo la TV, y de los cuerpos políticos. La amargura y el resentimiento que demostraron, al ver que perdían el poder, que culminaron en el golpe de Estado y en el paro patronal, son su índice más elocuente. Antes la corriente estaba a su favor, sentían que Venezuela era de muchos modos, suya. Ahora sucede lo contrario; y por eso, tanta rabia y frustración. Y por eso la euforia actual de los eternamente postergados.

Es difícil para el pueblo, y más para los poderosos de antaño, pasar al realismo de los años sesenta y setenta, aunque mejor balanceado, menos sesgado hacia los de arriba. Pero éste es el reto.

Sólo cuando los sectores populares, tanto los sujetos que se sienten apoyados por el Presidente, como los convencidos de su proceso, perciban con cierta certeza o tengan confianza fundada de que otros que no son Chávez también los respaldan y parece que lo pueden hacer de modo más transparente, de manera que respeten y propicien su condición de sujetos autónomos, y de modo más eficaz, que les permita tomar en sus manos tanto los procesos económicos como los sociales, estarán en condiciones de retirar el respaldo a Chávez y apoyar una alternativa. La construcción de esta alternativa es nuestro mayor problema y el reto insoslayable que tiene que afrontar el país.

* Miembro del Consejo de Redacción.